Domingo IV de Pascua-C
ENVIDIA VALENTÍA Y AMOR
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz
TEXTOS

Hechos de los apóstoles 13, 14. 43-52

En aquellos días, Pablo y Bernabé desde Perge siguieron hasta Antioquía de Pisidia; el sábado entraron en la sinagoga y tomaron asiento.
Muchos judíos y prosélitos practicantes se fueron con Pablo y Bernabé, que siguieron hablando con ellos, exhortándolos a ser fieles a la gracia de Dios.
El sábado siguiente, casi toda la ciudad acudió a oír la palabra de Dios. Al ver el gentío, a los judíos les dio mucha envidia y respondían con insultos a las palabras de Pablo.
Entonces Pablo y Bernabé dijeron sin contemplaciones:
«Teníamos que anunciaros primero a vosotros la palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor: "Yo te haré luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el extremo de la tierra"».
Cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron y alababan la palabra del Señor; y los que estaban destinados a la vida eterna creyeron.
La palabra del Señor se iba difundiendo por toda la región. Pero los judíos incitaron a las señoras distinguidas y devotas y a los principales de la ciudad, provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron del territorio.
Ellos sacudieron el polvo de los pies, como protesta contra la ciudad, y se fueron a Iconio. Los discípulos quedaron llenos de alegría y de Espíritu Santo.

Apocalipsis 7, 9. 14b-17

Yo, Juan, vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos.
Y uno de los ancianos me dijo:
—«Éstos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero.
Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo.
El que se sienta en el trono acampará entre ellos.
Ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está delante del trono será su pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas.
Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos».

según san Juan 10, 27-30

En aquel tiempo, dijo Jesús:
«Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano.

Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre.
Yo y el Padre somos uno».

COMENTARIO

Las poblaciones que se mencionan en la primera lectura de este domingo están situadas en la nación que hoy recibe el nombre de Turquía. Situadas más o menos en la orilla del Mediterráneo.

Os he dicho muchas veces que el pueblo Hebreo sentía pánico respecto al mar, principalmente porque desconocía sus límites, sospechado que el más lejano borde, se hundía en abismos malignos. Ni siquiera navegaba hasta los cercanos puertos del Líbano, país con el que compartía frontera. Si precisaba establecer algún contrato comercial, como la compra de madera de cedro, eran las naves del vecino las que se los traían. La conducta de Pablo, pues, fue una excepción, que rompió tales criterios. Él y su compañero Bernabé se movieron a sus anchas por sus riveras, evangelizando a las ciudades que las poblaban.

Aunque la tierra de Israel era la prometida por Dios, varios siglos antes de nuestra era, poco a poco, habían ido emigrando y extendiéndose comunidades judías hacia el norte y hacia el sur, con más o menos notoriedad y éxito. Este último inciso lo he dicho pensando en la floreciente comunidad de Alejandría en Egipto que gozó del privilegio de la inspiración de un libro sapiencial y se sintió responsable de la traducción al griego del texto bíblico, la llamada de los 70, de uso común hasta en el mismo Israel.

Emigraban los judíos y establecían, pues, en el lugar de residencia, la correspondiente sinagoga. A ellas acudían Pablo y Bernabé a anunciar la Buena Nueva. Buena Noticia que desplazaba a los importantes de su lugar privilegiado de dominio y, evidentemente, manifestó la envidia que se escondía en su interior.

Antes de continuar debo advertir que la envidia, desde los tiempos de Caín, anida en el interior de todo hombre. Sentir envidia es algo tan natural, tan humano, como sentir hambre. Es falso decir yo no soy envidioso. Ahora bien, el cristiano debe aprender a dominarla, o más bien a ni siquiera dejarla desenvolverse fuera de sí. No es pecado ser envidioso, la maldad está en obrar, sea hablando u operando, con envidia. Es pues preciso examinarse y conocerse la envidia que en el seno de cada uno existe. Es como una simiente a la que debemos impedir que germine. Pero es difícil. Y Pablo y Bernabé fueron sus víctimas y ni lo ignoraron, ni lo ocultaron, simplemente, se desplazaron a otro lugar. En consecuencia, unos se alegraron y otros se quedaron satisfechos y estériles, continuando reuniéndose, sin otra finalidad que continuar deleitados reuniéndose.

Que se escogiera a señoras destacadas para urdir odios, no significa que el género femenino sea más propicio al vicio de la envidia. La mujer, en aquellas circunstancias sociales, difícilmente podía cultivar otras malignas inclinaciones. Expulsaron a Pablo y Bernabé, pero no por ello eliminaron la Fe cristiana.

Me he detenido en el comentario de la primera lectura, porque es necesario que nos examinemos y que examinemos hoy nuestro entorno. Nadie negará que por nuestros pagos disminuye la practica pública de los signos de la Fe, ahora bien, que nadie ignore y se engañe, creyendo que en todo el planeta ocurre lo mismo.

Es indispensable que quienes a pesar de los pesares hemos conservado la Fe, independientemente de la edad, condición social o económica o sexo, seamos

sinceros y valientes misioneros. Que a nadie se le pregunta o condiciona en Internet. Y que no podemos desconocer que quienes nos rodean, llámense ateos o agnósticos, no por ello se sienten satisfechos y obran rectamente todos. Es obvio que donde no existe confianza y respeto a Dios, cae con más facilidad en la droga, el adulterio, la violencia de género o el suicidio.
La Iglesia de hoy debe de ser mucho más consciente de lo que parece es respecto a tales males y desgracias y poner más interés en evangelizar. Y la Iglesia somos cada uno de nosotros.
¿Y quienes gozarán de los favores divinos y de la felicidad eterna? En la segunda lectura se nos da cuenta, no hace falta dar explicaciones.
Respecto al evangelio debo advertir que la mayoría de los actuales ciudadanos que puedan leer el texto, difícilmente tendrán, o habrán tenido, contacto con pastores e ignorarán el afecto que estos puedan tener por su rebaño. Amar a un corderito que está destinado al sacrificio el día que sea escogido para convertirse en alimento, nos parece seguramente fútil, pero observamos que tantos de nuestros vecinos, acogen, protegen, pasean y hasta besan a un perro o un gatito, que tampoco está destinado a lealtades y gozos eternos.
Sinceramente os confieso, queridos lectores, que no encuentro a nadie que merezca amor y conocimiento supremo, que no sea una persona humana. Dios me conoce y me ama, no lo dudo, también es verdad que cada día le pido que mi mayor deseo es saber amarle.